

## LIBRO ONCE.

## SUMARIO.

*Viendo Mentor á Telémaco en el campo de los aliados, vase á juntar con él, y su presencia contribuye á que se acepten las condiciones de paz que aquel les habia propuesto en nombre de Idomeneo. Entran los reyes como amigos en Salento: ratificanse los tratados, se dan recíprocos rehenes, y hacen un sacrificio entre la ciudad y el campo en confirmacion de la alianza.*

No ménos impaciente Telémaco que los demas por saber lo que en el campo se deliberaba, corre sin ser sentido de la multitud que le rodea hácia la puerta por donde Mentor habia salido; y revisiéndose de autoridad, hace que se la abran. Idomeneo, que creía tenerle cerca de sí, se quedó admirado viéndole fuera de la ciudad dirigirse al campo enemigo, y que ya llegaba cerca de Nestor, el cual, conociéndole, se adelanta á recibirle, acelerando lo posible sus tardos y lentos pasos. Arrojáse Telémaco á sus brazos, y le estrecha en los suyos, sin hablarle, hasta que por fin esclama enternecido: ¡Padre mio! ¡no dudo apellidaros así, porque la desgracia de no hallar al que verdaderamente lo es, y la bondad de que me habeis dado tantas pruebas, me autorizan en cierto modo á servirme de tan cariñoso nombre! ¡Pero es verdad que vuelvo á veros! Así lo fuera que volviere á ver á Ulises! Mas yo os protesto que si en el mundo hubiera alguna cosa

capaz de consolarme de pérdida tan irreparable, lo sería tener en vos otro Ulises, otro padre.

No pudo Nestor dejar de enternecerse y de sentir una secreta alegría viendo las mejillas de Telémaco regadas con sus lágrimas. La hermosura, la afabilidad y la noble confianza con que este desconocido jóven atravesaba sin mas precaucion por el campo de tantas tropas enemigas, las puso en admiracion á todas. ¡Será, decian, el hijo de este anciano que ha venido á hablar á Nestor! Lo cierto es que ámbos manifiestan la misma sabiduría en las dos mas opuestas edades de la vida; en el uno solo florece ahora, y en el otro produce con abundancia los mas sazonados frutos.

Mentor, que veía con gusto el cariño con que Telémaco era recibido de Nestor, se aprovechó de tan feliz disposicion para decirle: Ved ahí el hijo de Ulises, tan querido de toda la Grecia, y tan amado de vos mismo. Yo os le entrego como la prenda mas segura que se os puede dar de la fidelidad de las promesas de Idomeneo. Bien conoceis que por el mundo entero no querria yo que á la pérdida del padre se siguiese la del hijo, ni que la desgraciada Penelope reconviniese justamente á Mentor de haber sacrificado su hijo á la ambicion del nuevo rey de Salento. Con tan digno fiador, que por sí mismo se os ha venido á ofrecer, y que os envian los dioses amantes de la paz, empiezo, ó pueblos de tantas naciones reunidos, á proponeros los medios de establecer una sólida y permanente.

Al nombre de paz se oyó un confuso rumor de disgusto que se propagó de fila en fila por todo el ejército, compuesto de aquellas varias naciones que ardian en ira, y tenian por perdido el tiempo que se diferia el combate, sospechando que estas pláticas no tenian otro

objeto que aplacar su furor, y quitarles la presa que ya creían entre sus manos; particularmente los Mandurienses se irritaban mas y mas de que con aquel pretexto esperase Idomeneo volver á engañarlos; y para evitarlo, emprendieron mas de una vez interrumpir á Mentor, temiendo que con la sabiduría de sus discursos persuadiese á aquellas naciones á que se separasen de su alianza. Ya empezaban á desconfiar de todos los Griegos que en ella habia, cuando conociéndolo Mentor, procuró avivar esta desconfianza, é introducir en todos el espíritu de division.

Confieso, decia, que los Mandurienses tienen motivos para quejarse, y para pedir satisfaccion de los daños que se les han causado; pero no por eso es justo que los Griegos que han venido á establecer aquí sus colonias sean sospechosos y aborrecidos de las antiguas naciones del pais; ántes por el contrario deben, uniéndose, hacerse respetar de ellas: basta que sean moderados, y que se abstengan de usurpar las tierras de sus vecinos. Yo sé que Idomeneo ha tenido la desgracia de hacerse sospechoso; pero como que no ha sido ese su ánimo, es muy fácil satisfacer vuestra desconfianza. Aquí nos teneis á Telémaco y á mí, que en prueba de su buena fé nos ofrecemos á permanecer en vuestro poder, interin que fielmente se cumpla cuanto en su nombre se os prometa. Yo bien sé; ó Mandurienses, les dijo, esforzando mas la voz; sé muy bien que lo que mas os incomoda es que las tropas Cretenses hayan ocupado por sorpresa los desfiladeros de vuestras montañas, hallándose por este medio en estado de invadir, á vuestro pesar, cuantas veces quieran el pais á que os retirasteis por dejarles las llanuras de la costa. Respondedme: ¿no son estos desfiladeros fortificados con altas torres,

guarnecidas de tropas, el verdadero motivo de la guerra? ¿teneis ademas algun otro?

Acercóse á contestarle el gefe de aquel pueblo, y lo hizo, diciendo: ¡Cuanto no hemos hecho por evitarla! Los dioses nos son testigos de que no hemos renunciado á la paz sino cuando la habemos visto escapárenos de entre las manos, quitándonos hasta la esperanza de recobrarla la desordenada ambicion de los Cretenses, y cuando no nos es posible fiarnos ni de sus juramentos. ¡Nacion insensata! quien nos ha reducido, á pesar nuestro, á la horrorosa necesidad de tomar contra tí un partido tan desesperado, como lo es el de no hallar seguridad sino en tu destruccion. Mientras que ella sea dueña del paso de las montañas, viviremos con la desconfianza de que aspira á usurpar nuestras tierras, y reducirnos á esclavitud. Si no desea mas que vivir en paz con sus vecinos, ¿porqué no se contenta con lo que voluntariamente la cedimos? ¿por qué tanto empeño en mantener las entradas de un pais, si contra él no tiene ningun designio ambicioso? Pero, ó sabio anciano! ¿vos no la conoceis; y ojalá que tampoco nosotros la conociéramos! No os empeñeis en retardar una guerra justa y necesaria, único medio de asegurar en la Hesperia una paz constante. Y tú, nacion ingrata, falsa y cruel, enviada aquí por los dioses irritados para alterar la paz que disfrutábamos, y castigar nuestras culpas, teme su enojo; y que despues de nuestro castigo nos venguen con el vuestro, porque no es posible que sean ménos justos con nosotros que con nuestros enemigos.

A toda la asamblea conmovió este discurso: no parecia sino que Marte y Belona iban excitado de fila en fila el furor bélico que Mentor trataba de aplacar;

por lo que les habló de nuevo en estos términos : Si las promesas que yo os hago consistiesen únicamente en palabras, estaba bien que desconfiaseis de ellas : pero lo que os ofrezco son cosas reales y presentes. Si no os basta tenernos á Telémaco y á mí en rehenes, yo haré que se os entreguen doce de los mas nobles Cretenses ; pero la razon exige que vosotros por vuestra parte deis tambien á Idomeneo las correspondientes seguridades ; porque aunque es cierto que desea sinceramente la paz, la desea sin miedo y sin baja, así como vosotros decís que la habeis buscado por prudencia y moderacion, y no por el deseo de una vida muelle, ni porque os desaliente la vista de los peligros con que amenaza la guerra. Idomeneo está dispuesto á morir ó vencer ; pero antepone la paz á la mas completa victoria. Se avergonzaria de temer ser vencido ; pero teme ser injusto, y no se averguenza de reconocer y procurar reparar sus defectos. Ofréceos la paz con las armas en la mano : no trata de imponeros gravosas condiciones, porque hace poca cuenta de una paz forzada : quiérela sí de modo que á todos satisfaga, que ponga fin á los recelos, destierre todo resentimiento, y quite todo motivo de desconfianza : en una palabra, los sentimientos de Idomeneo son qual vosotros mismos queriais que fuesen : lo que resta es, que os lo persuadais así tanto como yo lo estoy : y me parece fácil, si me oís con ánimo tranquilo y libre de toda prevencion.

Oidme pues naciones valerosas, y vosotros caudillos tan sabios, y estrechamente unidos, oid lo que en nombre de Idomeneo os ofrezco. No es justo que él pueda entrar en territorio de sus vecinos, así como no lo es que estos puedan entrar en el suyo. Para evitarlo,

desde luego consiente que los desfiladeros, fortificados con las altas torres que han dado motivo á esta guerra, se depositen y guarnezcan con tropas neutrales. Vosotros, Nestor y Filoctetes, aunque Griegos de origen, no podeis ser sospechosos de inclinados á Idomeneo, cuando declarándoos contra él habeis dado la mayor prueba de que solo os mueve el interes comun de la paz y de la libertad de la Hesperia. Sed vosotros los depositarios, pues que no teneis ménos interes en evitar que las antiguas naciones de la Hesperia destruyan á Salento, que en impedir á Idomeneo que usurpe los estados de sus vecinos. Mantened el equilibrio entre unos y otros ; y en lugar de llevar á fuego y sangre una nación que debeis amar, reservaos la gloria de ser jueces y medianeros. Acaso diréis que es tan justo lo que os ofrezco, que dudais que Idomeneo lo cumpla de buena fé : voy á satisfaceros sobre este punto.

Sirvan de recíproca seguridad los rehenes, hasta que los desfiladeros se tomen y guarnezcan por vuestras tropas ; y teniendo así en vuestras manos la felicidad de toda la Hesperia, la de Salento, y aun la del mismo Idomeneo, se satisfarán vuestros recelos : ¿ porqué de quien podréis entónces desconfiar, si de vosotros mismos no desconfiais ? No os atreveis á fiaros de Idomeneo, y es Idomeneo tan incapaz de engañaros, que no duda fiarse de vosotros. Ningun reparo tiene en confiaros la tranquilidad, la vida y la libertad de todo su pueblo, y aun la suya propia. Ahora bien : si es cierto que solo os mueve el deseo de una paz justa, ya se os ofrece, y tal, que no os deja pretexto para arrepentiros, ni desestimarla. Y vuelvo á repetirlo, que no la creais efecto del miedo que habeis podido inspirarle, sino de la prudencia y de la justicia, cui-

dando poco de sí atribuiréis, ó no, á flaqueza lo que realmente es virtud. Conoce que en los principios tuvo algunas faltas, y ahora funda su gloria en reconocerlas, anticipándose á hacerlos unas ofertas como las que os hace; porque está bien convencido de que el querer ocultar y sostener con ridículo teson y orgullo los errores que se cometen, es la mayor debilidad, la vanidad mayor, y la mas grosera ignorancia de sus propios intereses. El que confiesa sus faltas á su enemigo, y le ofrece repararlas, en eso mismo prueba que es incapaz de incurrir en otras. Y si el enemigo rehusa la paz con que le convida, tiene mucho que temer de quien manifiesta una conducta tan sabia y virtuosa. Guardaos de dar lugar á que os ponga con su reconocimiento en el mismo peligro en que vosotros le pusisteis con vuestra moderacion; porque si rehusais admitir la paz que con la justicia vienen á buscaros, la justicia y la paz tomarán venganza; y él que debia temer hallar irritados contra sí á los dioses, les pondrá de su parte, y militarán contra vosotros. Telémaco é yo defendéremos la causa de la razon; y pongo por testigos á los dioses del cielo y de los infiernos de las justas proposiciones que acabo de hacerlos.

Dijo: y levantó los brazos en alto para que todos viesen el ramo de oliva que en señal de paz tenia en la mano. Los cabos que le miraban de cerca quedaron absortos y deslumbrados del fuego divino que brillaba en sus ojos. Parecióles con una dignidad y grandeza superior á la de los mas dignos héroes. La persuasion que envolvian sus discursos sencillos y enérgicos atraía los corazones: eran sus palabras semejantes á las de los mágicos, que en el mas profundo silencio de la noche suspenden repentinamente en medio del Olympo

el curso de la luna y de las estrellas, caltran el mar irritado, amansan los vientos y las olas, y detienen la corriente de los mas rápidos rios.

Estaba Mentor en medio de aquellos enfurecidos pueblos, como Baco rodeado de tigres, que depuesta su voracidad, venian al encanto de su dulce voz á lamerle los pies, sometiéndosele con halagos. Todo el ejército guardaba el mayor silencio, y sus gefes se miraban unos á otros, sin tener que oponer á este hombre prodigioso, ni penetrar quien fuese: inmóviles las tropas, tenian fijos en él los ojos. Nadie se atrevia á hablar, temiendo impedir que se le oyese si aun tenia algo que decir; y aunque todos conocian que nada podia añadir, se alegrarán de que hablara por mas tiempo. Todo lo que dijo quedó grabado en los corazones: cuando hablaba, se atraía el amor y el asenso de los que le oían: y todos estaban deseosos y como suspensos para no perder ni aun la mas mínima palabra que saliese de su boca.

Por último, despues de un largo silencio, se oyó un sordo murmullo muy desemejante de aquel rumor confuso que procede del enojo de los pueblos enfurecidos: era este por el contrario aquel blando susurro con que se suele anunciar la aprobacion. Descubriase en los semblantes cierta serenidad y templanza, hasta los irritados Mandurienses sentian caérseles las armas de las manos. El feroz Falanto con sus Lacedemonios se admiraron al sentir su corazon conmovido, y los demas empezaron á suspirar por una paz como la que Mentor les ofrecia. Filoctetes, mas sensible que ningun otro por la esperiencia de sus pasadas desgracias, no pudo contener las lágrimas; y Nestor, no siéndole posible hablar por la conmocion de afectos que le

causó el discurso de Mentor, dió á entender sus sentimientos abrazándole tiernamente, con lo cual todas las naciones á una voz, como si esto les hubiese servido de seña, esclamaron alborozadas: ¡O sabio anciano! vuestra virtud nos desarma. ¡La paz! ¡la paz!

Un momento despues quiso Nestor empezar un discurso; pero impacientes las tropas, y temerosas de que quisiese oponer alguna dificultad, volviéron á esclamar: ¡la paz! ¡la paz!

Viendo, pues, que no le era posible hacer un discurso seguido, se contentó con decir: Ya veis, ó Mentor, cuanto poder tiene la palabra de un varon justo. No hay pasion que no se humille á la voz de la sabiduría y de la virtud. Ya veis trocados nuestros justos resentimientos en amistad, y en deseos de que se realice una paz tan sólida como la que nos ofreceis, y nosotros aceptamos. Al mismo tiempo tendiéron la mano todos los gefes del ejército en señal de aprobacion.

Así conyenidos, corre Mentor hácia la puerta de Salento para mandar que la dejen abierta, y persuadir á Idomeneo que salga de la ciudad sin precaucion. Entre tanto abraza Nestor á Telémaco, y le dice: ¡O amable hijo del mas sabio de todos los Griegos! ¡plegue á los dioses que seáis tan sabio, pero mas feliz que él! ¿No habeis descubierto nada acerca de su destino? La memoria de vuestro padre, á quien tanto os asemejais, ha bastado á desarmar nuestra indignacion.

Aunque el violento y feroz Falanto no habia visto jamas á Ulises, no pudo ser insensible á sus desgracias, ni á las de su hijo, el cual iba á satisfacer las instancias de todos refiriéndoles sus aventuras, cuando volvió Mentor con Idomeneo, á quien seguía toda la juventud Cretense.

Al verle se volvió á encender el enojo de los aliados;

pero las palabras de Mentor estinguiéron este fuego, pronto ya á estender sus voraces llamas. ¿En qué nos detenemos, les dijo, que no concluimos y ratificamos esta santa alianza, de la cual serán los dioses testigos y defensores? Roguémosles que la venguen de cualquier impío que se atreva á violarla, y que los horribles males inseparables de la guerra, léjos de oprimir á los inocentes que respeten los sagrados derechos de esta union, caigan sobre el perjuro y exécrable ambicioso que los menosprecie: que sea abominado de los dioses y los hombres, y que no goce jamas del fruto de su perfidia: que las furias infernales, bajo las mas horrendas figuras, exciten su rabia y su desesperacion: que muera sin esperanza alguna de sepultura; sirva su cadáver de presa á las fieras y á las aves; ¡y que bajando por fin á los infiernos, sea sepultado en los mas profundos abismos del Tártaro, donde viva toda una eternidad atormentado mas cruelmente que Tántalo, Ixion y las Danaides! Mas ántes bien permitan que esta paz sea inalterable como las rocas de Atlas (1) que sustentan el cielo: que todos los pueblos la respeten, y gocen sus frutos de generacion en generacion: que los nombres de los que las juren sean oidos con amor y veneracion de nuestra última descendencia: que esta paz, establecida segun las leyes de la justicia y de la buena fé, sirva de modelo á todas las naciones del mundo, y que las que quieran hacerse felices reuniéndose, imiten á los pueblos de la Hesperia.

Hecha esta deprecacion, prestaron su juramento Ido-

---

(1) Atlas, rey de Mauritania, grande astrólogo que transformó la fábula en un peñasco elevado hasta el cielo, el cual se ha fingido que sustentaba con sus hombros.

meneo y los otros reyes. Diéronse mutuamente doce rehenes, y Telémaco quiso ser del número de los que dió Idomeo; pero no permitiéron los aliados que lo fuese tambien Mentor, porque mas bien le querian cerca de Idomeo para estar mas seguros de su conducta y la de sus consejeros. Inmoláronse entre la ciudad y el ejército cien terneras blancas como la nieve, y cien toros del mismo color, con las astas doradas y guarnecidas de flores. Oíase resonar en los montes vecinos el horrísono mugido de las víctimas que caían al golpe del sagrado cuchillo; por todas partes humeaba la sangre, y para las libaciones (1) corría en abundancia el mas exquisito vino. Consultaban los Arúspices (2) las entrañas aun palpitantes, mientras los sacrificadores quemaban en las aras inciensos, cuyo humo formaba una densa nube, y esparcía su fragancia por toda la campaña.

Mientras tanto, no mirándose ya los soldados como enemigos, empezáron á contarse sus aventuras, descansando así de sus trabajos, y disfrutando de antemano de las satisfacciones que nacen de la paz. Muchos de los que acompañaron á Idomeo al sitio de Troya reconocieron á los que con Nestor sirvieron en la misma guerra: abrazáronse tiernamente, y se contaron lo que les habia sucedido despues que arruináron aquella opulenta ciudad, que era el ornamento de toda el Asia. Ya se tendian por la blanda yerba, se coronaban de flores, y bebian

(1) Las libaciones eran unas efusiones de vino, ó de otro licor cualquiera hechas en honor de las falsas divinidades.

(2) Los Arúspices eran unos adivinos que interpretaban los prodigios, y predecian lo venidero al considerar las entrañas de las víctimas degolladas.

juntos el vino que en abundancia se les traía de Salento para que celebrasen tan feliz espedicion; cuando volviéndose Mentor á los reyes y capitanes de la liga, les dijo: De hoy en adelante no compondréis mas que un solo pueblo bajo diversos nombres y caudillos. Así es como los justos dioses, amantes de sus criaturas, se complacen en estrecharlas con el eterno lazo de la perfecta concordia. Todo el género humano no es mas que una sola familia dispersa sobre la faz de la tierra; y los pueblos hermanos, y como tales deben amarse. ¡Ay de los impíos que buscan la cruel gloria de derramar la sangre de sus hermanos!

Es cierto que la guerra es algunas veces necesaria; ¡pero que vergüenza para el género humano que haya ocasiones en que lo sea! Reyes de la tierra, no os sirve de pretesto el deseo de adquirir reputacion; que la verdadera gloria es incompatible con la inhumanidad. El rey que por su reputacion atropella por los sentimientos de humanidad es un monstruo de orgullo, no un hombre: ni llegará á conseguir mas que una falsa gloria, porque la verdadera está reservada á la moderacion y la beneficencia. Bien podrá ser que por satisfacer su loca vanidad le adulen; pero no que aun los mismos que lo hagan dejen de tenerle por tan indigno de la gloria, cuanto es injusta la pasión con que la busca. Se hace acreedor al desprecio de sus vasallos y de todos los hombres: pues les tiene en tan poco, que no repara en prodigar su sangre por una brutal vanidad. Dichoso el rey que ama á su pueblo, y es de él amado; que se fia de sus vecinos, y merece su confianza; que léjos de hacerles la guerra, impide que la tengan entre sí, y hace que las naciones extranjeras envidien á sus vasallos la felicidad de tenerle por rey.

Cuidad vosotros , caudillos de las poderosas naciones de la Hesperia , cuidad de reuniros , celebrando de tres en tres años una asamblea general á que concurran los reyes que están aquí presentes para renovar con nuevo juramento esta alianza , confirmar la amistad prometida , y deliberar sobre los intereses comunes. Miétras vivais así unidos habitarán con vosotros en este hermoso pais la paz , la gloria y la abundancia ; y fuera de él seréis respetados é invencibles. Solo la discordia , abortada del infierno para tormento de los insensatos , podrá turbar la felicidad que los dioses os preparan.

Por la facilidad y prontitud con que admitimos la paz , le respondió Nestor , conoceréis lo distante que estamos de querer hacer la guerra por esa falsa gloria , ni por la injusta codicia de engrandecernos á espensas de nuestros vecinos. ¿ Pero qué partido le queda á una nacion que confina con un príncipe violento , que no conoce mas ley que la del interes propio , ni pierde ocasion de invadir los estados ajenos ? No creais que hablo de Idomeneo , á quien ya tengo en bien distinto concepto. De Adrasto , rey de los Daunos es de quien todo lo debemos temer : de ese impío que desprecia los dioses , y cree que todo el género humano ha sido criado solo para que con su esclavitud sostenga su soberbia. No quiere súbditos de quien ser rey y padre , quiere esclavos de quienes , como un dios , exigir adoraciones. La ciega fortuna ha favorecido hasta ahora sus mas injustas empresas. Nuestra celeridad en venir á atacar á Salento era por deshacernos como de paso del mas débil de nuestros enemigos , para volver enteras nuestras fuerzas contra el otro mas temible por mas poderoso , que ya ocupa muchas ciudades de nuestros aliados , y ha ganado dos batallas á los de Crotona. Válese de todos los medios de satisfacer su am-

bicion : igualmente se sirve del engaño que de la fuerza ; en nada repara : todo se lo permite , siempre que consiga oprimir á sus enemigos. Sus tesoros son inmensos ; sus tropas están bien disciplinadas y aguerridas ; sus capitanes experimentados , y él bien servido : vela continuamente sobre los que ejecutan sus órdenes ; castiga severamente las mas leves faltas , y recompensa con su liberalidad. Con su valor sostiene y anima él de sus tropas. Fuera un perfecto rey , si la justicia y la buena fé reglaran su conducta ; pero ni teme á los dioses , ni los remordimientos de su conciencia : tiene en poco la reputacion , y la mira como una fantasma incapaz de contener mas que á las almas débiles. Solo aprecia como bienes sólidos y reales las grandes riquezas , el ser temido , abatir y despreciar al género humano. No tardará en parecer con su ejército en nuestras tierras ; y si la union de tantos pueblos no nos pone en estado de resistirle , ninguna esperanza nos queda de conservar la libertad. Así que tanto interesa Idomeneo como nosotros en oponerse á este tirano , á quien es insufrible la libertad de sus vecinos ; porque si nosotros somos vencidos , la misma suerte amenaza á Salento. Apresurémonos , pues , y anticipémonos todos juntos á acometerle.

Miétras Nestor así discurría , se iba encaminando á la ciudad con los demas reyes y cabos principales del ejército , á quienes Idomeneo habia pedido entrasen á pasar en ella la noche.